

**TRAS LA MUERTE DEL AURA.
EN CONTRA Y A FAVOR DE LA ILUSTRACIÓN**

Juan Carlos RODRÍGUEZ

(Granada: Universidad, 2011, 350 págs.)

y

**PARA UNA LECTURA DE HEIDEGGER.
ALGUNAS CLAVES DE LA ESCRITURA ACTUAL**

Juan Carlos RODRÍGUEZ

(Granada: Universidad, 2011, 170 págs.)

Cuando lo necesario linda con lo imposible... siempre aparece la escritura ensayística de Juan Carlos Rodríguez, como si la posibilidad de decir nombrar suprimiera el carácter excluyente del espacio y el tiempo. La crítica de la literatura de la modernidad más allá del «camino extraviado» (Nietzsche) se ejerce como refutación o como constatación de un error, como refutación que exige y se impone en la enunciación de un pensamiento propio.

Lo que propone el catedrático-maestro granadino en sus dos últimos ensayos publicados por su Universidad: *Tras la muerte del aura (en contra y a favor de la Ilustración)* y *Para una una lectura de Heidegger (algunas claves de la escritura actual)*, es una *commixtio*, esto es, una ‘mezcla’ de elementos diversos en los que la literatura se re-piensa a sí misma desde el nuevo ‘orden’ que no cancela la memoria y sin cuya presencia la ‘naturaleza’ no podría existir. En realidad, asistimos a un *continuum* analítico de críticas-ensayos anteriores, especialmente del texto titulado *De qué hablamos cuando hablamos de literatura* (Granada: Comares, 2002).

Quizá una lectura apresurada, un lector-receptor poco atento pudiera sugerir que el primero es una recopilación de artículos y el segundo un ensayo breve, pero yerraría: *expressis verbis* la conformación y la procedencia de estos ensayos poseen dimensiones que no pueden limitarse en el empirismo diacrónico que los conforman, no se limitan a criterios de ‘existencia’ histórica, a nuevas abstracciones imaginarias; así, el profesor Rodríguez se aparta de la historia para poder observar los límites y restricciones de la propia existencia histórica, valga la paradoja. Ahora, lo que parece importar es la vigencia de lo que ha sido expulsado de la historia para convertirse en nueva historia, para percibirse como nueva historia, como «precariedad simbólica» de una soledad que se justifica en el proemio-prólogo de *Tras la muerte...*, en ese «retrato perdido». También en el ‘recuerdo-memoria’ donde reside la rebeldía o la escritura crítica como repudio de tópicos (el «cuidado» heideggeriano, por ejemplo, que se «acompasaba» con la «carga» de la existencia, los «surcos» que conducen a la *devotio* posmoderna o posmetafísica), quizás la rebeldía del excluido o la del que se sabe diferente, consciente del *páthos* del distanciamiento, del que capta la mirada del ojo del ‘otro’, del que ‘sabe’ que el asunto principal de la vida se juega en los asuntos ‘secundarios’ y ofrece el fracaso de nuestro saber.

Esa diferencia-distancia se articula en un monólogo autorreflexivo, de tensiones codificadas en las que se alternan lo ‘claro’ y lo ‘oscuro’, el *gris* de la crítica en un paisaje en el que la pigmentación de lo negro o del color en general parece degenerarse o perderse, como los valores-límites, los mitos o los tópicos críticos que simultáneamente se derrumban, cuando el conocimiento ‘científico’ se superpone como imagen compleja, cambiante en las dimensiones de los acercamientos (ya sea Heidegger, pero también en la dificultad de *Tras la muerte...* con elementos tan dispares como Montaigne, el mal o lo diabólico –desde Stoker a Meyer–, Tolstói, Shakespeare, Beaumarchais, Jovellanos, Moratín, Rubén Darío, Blas de Otero o el criticismo desde Hume-Kant a Dámaso Alonso, Curtius, María Rosa Lida, Hannah Arendt, Paul de Man, Martínez Marzoa, Eagleton).

Juan Carlos Rodríguez lee literalmente, pero aquí literalidad debe entenderse en el sentido fuerte del término, en toda su potencia y enormidad de implicaciones (desde, por ejemplo, el nazismo o el fútbol en Heidegger; la necesidad de una nueva ideología poética y ya Paul Celan había enunciado: «La poésie ne s'impose plus, elle s'expose» –ahora en *Obras completas*. Trad. J. L. Palazón. Madrid: Trotta, 1999–, etc.). De aquí ese espacio de ‘simulación’ estética, el ámbito del logro y el fracaso de lo estético, la pertinencia para que pueda ser irreverente o incrédulo hasta el extremo y su visión-lectura, su ejercicio de mirada parezca desvanecerse, evaporarse en la articulación y constatación de la ‘vida’ sucesiva de sus acercamientos.

Es precisamente esa construcción de mirada la que unifica lo externo, los acercamientos críticos-acontecimientos en los que parece descubrirse la existencia de un movimiento, digamos, inverso, quizá más irregular en la diacronía del iluminismo y posiblemente menos perceptible, como una especie de ‘corriente’ de pensamiento (¿marxista?, en cualquier caso, no como el que practica Terry Eagleton en sus publicaciones últimas) en la que el concepto y la palabra de ese pensamiento gira e impulsa hacia el lector de estos ensayos el deslumbramiento del ‘acto gratuito’ de la lectura autosuficiente, refractaria, extraña que penetra en las zonas inaccesibles del ‘otro’ y aniquila los acercamientos al uso.

En la lectura del profesor Rodríguez, se busca en vano la armonía pitagórica de las esferas, en todo caso lo que se observa es la ‘violencia’ de las esferas (de las que ya habló E. Canetti y, ahora, es perceptible-ostensible en el análisis del criticismo teórico que parece sostener con su andamiaje de nociones textos ¿prescindibles?). En realidad, es un mundo ensayístico el del maestro granadino que no pretende aliarse con comodidades críticas; al contrario, se autoafirma en lo implícito de cada una de sus palabras, en lo ‘inhóspito’ de su diferencia que quizá remitan a esa especie de círculos críticos, concéntricos o a los pliegues (en terminología de Derrida) que se desvanencen en la invisibilidad del discurso autosuficiente, con fundamentos y justificación en la lecto-escritura que muestra.

De ahí que la seguridad del pensamiento impida una vía de acceso constante y las ‘brechas’ provisorias del iluminismo, por ejemplo, de Laura o Petrarca a Tolstói, de Borges a Jovellanos-Moratín o a críticos como los reseñados Curtius, Dámaso Alonso, etc., puedan restituirse en la ‘luz’ de las aplicaciones circunscritas, en los límites del ‘brillo’, en esa técnica del pensar que abarca desde los fantasmas o, más exactamente, del vampiro sin reflejo en el espejo a lo inexistente de la ficción en *Poesía con nombres*, de

Blas de Otero. Al destruir la línea dominante de la ingenuidad necesaria para la aceptación sin más de la perfección, no se abandona lo definitivamente provisional, esa línea del escéptico. Y es que la vida-pensamiento así se construye como un ‘flujo’ de potencias (Rubén Darío o Heidegger) que pautan y ‘cuentan’ en el ‘juego’ de la crítica, en el rigor de las opiniones que chocan (Curtius, Lida, etc.) con lo opaco, incierto, incalculable.

Juan Carlos Rodríguez apuesta en ese juego de la ‘deriva’, de desvelarse-ocultarse —como Heidegger en el Anti-Nüremberg, los procesos de Nüremberg y su *Carta sobre el humanismo* con las metáforas que la conforman—. La *collectanea* que ofrece, su historia de los ‘efectos’ puede mantenerse en lo azaroso de la construcción, en la imagen de alguien que lee-piensa-interroga y responde. La mirada construida no tiene que ver con lo fragmentario o las ruinas del siglo pasado, sino con ese pensamiento de ‘apertura’ hacia un concepto de objeto que se dice a sí mismo, que se muestra en su propia potencia hermenéutica y permite el análisis de las construcciones culturales.

Precisamente, en las respuestas-ensayos que comentamos radica la ‘esperanza’ o se elimina la ‘amargura’. No importa que la vida sea o se encuentre en el ‘exterior’, que el pensamiento se instale en los límites o se pierda en el ‘afuera’. Lo importante consiste en que la ficción-realidad se convierte en objeto indispensable, en que Juan Carlos Rodríguez no se deja ‘confundir’ en el sueño de lo ficticio, más allá de los cristales que delimitan un escritorio (tapados o no, como en Schiller) el aire-pensamiento se mueve con libertad, en la libertad que propicia el ‘encarnizamiento’ de la palabra reconducida a su literalidad, al punto álgido de la crisis del día a día que puede superarse en el acontecimiento de la vida, esto es, de la literatura y su crítica. Y, así, la *auctoritas* brilla donde queda descartada la arbitrariedad.

Sonia Fernández Hoyos
Université de Lorraine